

¿El siglo del nacionalismo? Vidas cosmopolitas en la Europa del Ochocientos

The Century of Nationalism? Cosmopolitan lives in 19th Century Europe

César Rina Simón
Universidad de Extremadura
cesrina@unex.es

Recibido en octubre de 2021
Aceptado en diciembre de 2021

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.5.24278

RESUMEN

Este artículo aborda las tensiones entre nacionalismo y cosmopolitismo en el siglo XIX, poniendo de relieve el horizonte de posibilidades y las derivas de ambos modelos. El análisis toma como eje la obra *Los Europeos. Tres vidas y el nacimiento de la cultura cosmopolita*, del historiador Orlando Figes, para ejemplificar estas tensiones en dos temáticas principales: la nacionalización de la ópera de Wagner y la irrupción con el ferrocarril del turismo de masas. A partir de estos dos casos se ha problematizado el tópico historiográfico del siglo de los nacionalismos. Qué duda cabe de que los procesos de nacionalización acapararon más energías y espacios que las alternativas federales, universalistas o cosmopolitas, pero el proceso histórico no fue unidireccional. Esto es relevante para el ámbito educativo y la consideración del nacionalismo como única forma posible de estructurar el mundo.

Palabras clave: nacionalismo, cosmopolitismo, historia de la cultura, siglo XIX, Europa.

ABSTRACT

This article investigates the tensions between nationalism and cosmopolitanism in 19th century, highlighting the horizon of possibilities of both models. The analysis starts from the book *The Europeans. Three Lives and the Making of a Cosmopolitan Culture*, written by the historian Orlando Figes. We will reflect on these tensions in two lines: nationalization of Wagner's opera and irruption of railroad and mass tourism. We have also problematized the historiographic topic of the century of nationalism. There is no doubt that the nationalization processes hoarded more energy and space than the federal, universalist, or cosmopolitan. But the historical process was not unidirectional. This is relevant for the educational field and the consideration of nationalism as the only possible way to structure the world.

Keywords: nationalism, cosmopolitanism, history of culture, 19th century, Europe.

Referencia

Rina Simón, C. (2022). ¿El siglo del nacionalismo? Vidas cosmopolitas en la Europa del Ochocientos. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 5, 229-238. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.5.24278

MÚSICA COSMOPOLITA—MÚSICA NACIONAL

El 16 de abril de 1849, tras meses de ensayos, la Ópera de París abrió sus puertas para el estreno de *Le prophète*, obra de Giacomo Meyerbeer, que le convirtió en el compositor mejor pagado de la historia. La Ópera atravesaba dificultades económicas desde la revolución de febrero de 1848 y puso todas sus expectativas de recuperación en esta obra. *Le prophète* no defraudó. Sus alardes técnicos —fue la primera representación en emplear luz eléctrica para simular un amanecer y bailarines a patines—, la actuación de la protagonista, Pauline Viardot, y su doble mensaje revolucionario la convirtieron en un fenómeno internacional: Nueva York, Constantinopla, San Petersburgo... La ópera era una alegoría de los procesos revolucionarios. Contaba la historia del profeta Juan de Leiden, líder en 1534 de una revuelta anabaptista contra el príncipe-obispo de Münster. Llegaron a controlar Westfalia y otros enclaves, pero al año fueron derrotados. Era inevitable establecer paralelismos con las revoluciones liberales de 1789, 1830 y la oleada revolucionaria del año anterior que había derrocado monarquías y aprobado constituciones pero que estaba siendo derrotada. Meyerbeer había compuesto una ópera cosmopolita, pensada para un público francés, pero siguiendo la línea musical de la ópera italiana, hegemónica entonces. Estaba pensada para ser representada en teatros de toda Europa y su mensaje y estética pretendían ser universales. Buena parte de la intelectualidad europea se volcó en elogios hacia una obra que permitía mantener encendida la llama revolucionaria. Al mismo tiempo, representaba la alianza entre el arte y las proezas técnicas, manifestación de la idea de progreso que por su propio peso transformaría el mundo, levantaría repúblicas, afianzaría libertades e iría paulatinamente limando las diferencias nacionales y creando una comunidad cosmopolita.

A mediados del siglo XIX, buena parte de la intelectualidad liberal, republicana y socialista europea creía que el progreso histórico iba a acabar con las particularidades nacionales. No era el caso de Wagner, inmerso entonces en un proyecto de creación de una ópera que representara el *Volkgeist* alemán y que fuera una manifestación artística eminentemente nacional y culta. Wagner llegó a París en 1839 como compositor de óperas al uso. Solicitó ayuda a Meyerbeer, uno de los compositores de mayor prestigio, que le firmó varias cartas de recomendación y le apoyó económicamente. Las primeras óperas de Wagner —*Rienzi* y *Les Huguenots*— llevan su impronta. Tras varios fracasos, Wagner en 1842 se trasladó a Dresde y comenzó

a renegar de las composiciones de Meyerbeer, por superficiales, populares y poco nacionales. Para Wagner, París, y por extensión la cultura europea, se había entregado al mercantilismo y a la superficialidad, aspectos que confrontaba con el espíritu artístico alemán. Mientras Meyerbeer apoyó económicamente y con sus influencias los proyectos de Wagner, éste le reconoció como maestro, al menos hasta 1849. *Les Huguenots* marcó la ruptura definitiva. Wagner, como también había hecho Schumann, criticó duramente la ópera clásica desde la óptica de un nacionalismo alemán esencialista y excluyente, opuesto a los ideales cosmopolitas y al internacionalismo revolucionario. Planteó la existencia de un arte alemán superior y, por tanto, de un modelo civilizacional jerárquico en el que Alemania estaba en la cúspide —ideal que no era novedoso pero que sí adquirió una forma artística relevante y que sería aprovechado posteriormente por el nazismo—. Las revueltas de Dresde de 1849, en las que participó Wagner, ya estuvieron impregnadas de nacionalismo y de antijudaísmo. En 1850 Wagner publicó un artículo en la revista *Neue Zeitschrift für Musik* muy crítico con Meyerbeer y *Le prophète*, en el que desarrolló su teoría musical nacionalista y racista. Para Wagner la música debía estar impregnada de espíritu nacional y no determinada por intereses comerciales, que eran los que inspiraban la música de Meyerbeer, al que acusaba de “banquero judío” y de alterar la esencia musical nacional para hacer caja. Los judíos eran un pueblo sin nacionalidad y susceptibles por su condición apátrida de contaminar las esencias patrias.

Siglo y medio después, Meyerbeer, y de alguna manera las expectativas cosmopolitas, han desaparecido de los libros de historia. Este y otros ejemplos componen el ensayo historiográfico de Orlando Figes (2020), *Los Europeos*, magnífico tanto por su ritmo narrativo heredero de la tradición historiográfica inglesa como por la tentativa de explicar el conjunto de transformaciones que levantaron los pilares políticos, socioeconómicos y culturales del mundo actual. *Los Europeos* utiliza como *leitmotiv* el trío amoroso formado por el matrimonio Louis Viardot —hispanista e historiador del arte francés— y Pauline Viardot —la cantante de ópera más reconocida de la época, de la saga española de los García— y el escritor ruso Iván Turguénev para abordar el fenómeno cosmopolita de las élites artísticas y las transformaciones sociales y culturales del siglo XIX. Un tiempo en el que convivieron las expectativas cosmopolitas —hijas de la Ilustración, pero también de la revolución, el republicanismo y la democracia— y el paulatino proceso de nacionalización en torno a Estados que habían convertido lo nacional en el elemento central de su legitimidad política,

sustituyendo los paradigmas religiosos premodernos. Se trata de un libro de combate. Orlando Figes lo ha escrito en respuesta al Brexit —de origen británico, se ha nacionalizado alemán— y en defensa de un espacio cultural compartido frente al creciente auge de los nacionalismos excluyentes y violentos que están reverberando en todo el continente.

LAS PARADOJAS DE LA MODERNIDAD

La historiografía ha tipificado el siglo XIX como la era de los nacionalismos. No cabe duda de que esta clasificación responde a una realidad tangible: a lo largo del Ochocientos los Estados europeos se consolidaron como naciones articuladas en comunidades imaginadas (Anderson, 2003) que sustentaban su diferencia del resto de las naciones en particularidades culturales, lingüísticas, históricas, raciales, etc. Este proceso de construcción tomaba elementos previos reconocibles por parte de las comunidades —las narrativas nacionales tenían que ser creíbles (Smith, 1998)—, pero se redibujaron con la participación activa de historiadores (Hobsbawm, 2000; Thiesse, 1999; Berger, 2007), que articularon la genealogía del grupo nacional antes de su concreción como nación. No menos importantes fue el papel de otros agentes culturales, y de lo simbólico y lo banal (Billig, 1995).

El nacionalismo se convirtió en la metaideología de la contemporaneidad, empapando todas las propuestas políticas. En las tensiones entre nacionalismo e internacionalismo, el primero de ellos ha tenido la primacía, como se puede comprobar en todos los procesos bélicos del período, en los que el internacionalismo y la solidaridad de clase se vieron superadas por la apisonadora de la movilización patriótica.

Sin embargo, tipificar el Ochocientos como sólo el siglo del nacionalismo supone minusvalorar dos aspectos no menos importantes de ese período. El primero es la tradición cosmopolita de matriz ilustrada que mantuvo su vitalidad como proyecto político posible al menos hasta la década de 1870, reforzada por el ecumenismo católico, el internacionalismo socialista, el federalismo republicano, el utopismo capitalista, etc. (Rina Simón, 2016). El segundo es la confianza en la escatología del progreso, que tenía una dimensión cosmopolita. Por esto mismo, la vinculación entre el Ochocientos y el nacionalismo es una categorización hecha *a posteriori*, realizada por los historiadores conociendo el resultado final de estos debates; lo cual no facilita el acercamiento a la pluralidad de propuestas posibles planteadas en el período en el

que se conformó la cosmovisión política, social y cultural contemporánea. Tampoco contribuye a la comprensión del carácter contingente de los acontecimientos (Rina Simón y De la Montaña Conchiña, 2019).

Quizá la clave para entender las transformaciones de la modernidad pasa por detenernos en las “paradojas” de sus nociones cronoespaciales. La historiografía ha abordado en extensión la paradójica relación con el tiempo de la modernidad, concebido como una proyección lineal de progreso hacia el futuro pero al mismo tiempo transitado por un fenómeno novedoso de búsqueda, exaltación y consolidación del presente en narrativas y estéticas sobre el pasado (Fernández Sebastián, 2021). Las mismas sociedades que celebraban los avances científicos en exposiciones y ponían sus expectativas de futuro en el progreso conmemoraron los héroes del pasado nacional, levantaron sus edificios con estéticas *neo* y aprobaron sus constituciones políticas conectándolas con el pasado medieval. Es decir, la modernidad diferenció pasado y futuro (Lowenthal 1998), que se convirtieron en dos categorías centrales para unas sociedades que experimentaron lo que Koselleck (2001) interpretó como una aceleración de su experiencia temporal. Ambos procesos, lejos de contradecirse, forman parte intrínseca de la modernidad y hoy día siguen determinando nuestros imaginarios culturales, volcados al mismo tiempo hacia unas expectativas de progreso —principalmente ciberutópicas y capitalistas— y hacia la rememoración y recreación del pasado. El presente se ha convertido en una camisa de fuerza.

Por el contrario, hasta fechas muy recientes la historiografía no ha prestado atención a las paradojas espaciales de la modernidad (Storm, 2019). Hannah Arendt (1998) ya señaló esta tensión para los nacionalismos europeos, que por un lado se habían construido como territorios finitos y bien delimitados culturalmente a la par que cifraban su prestigio y regeneración nacional en la conquista de nuevos espacios. Lo finito y delimitado cobraba sentido si se expandía por el planeta. En este sentido, la modernidad provocó un doble movimiento de globalización-homogeneización y reterritorialización y reafirmación de lo local (Bauman, 2005; Lipovetsky, 2006; Beck, 1998), lo que algunos sociólogos y antropólogos han conceptualizado como glocalización.

FERROCARRIL, TURISMO Y LA BÚSQUEDA DEL OTRO

Figes aborda esta tensión espacial con el ejemplo del ferrocarril y el surgimiento del turismo de masas como actividad de ocio predilecta. El ferrocarril contribuyó a la experiencia de estrechamiento del mundo. Los viajes se acortaron sustancialmente, se volvieron seguros e incluso asequibles económicamente para un porcentaje mayor de población. El *grand tour* artístico por Italia o el viaje “orientalista” por la península Ibérica adquirió una nueva dimensión. En la década de los años cuarenta del siglo XIX, los nacionalistas portugueses recibieron con bastante cautela el desarrollo de vías férreas en la península ibérica. Alexandre Herculano fue uno de sus principales opositores. El historiador liberal del medievo portugués señalaba que el ferrocarril incrementaría los contactos comerciales y culturales hasta el punto de que iría limando las particularidades nacionales y homogeneizando a los pueblos del mundo. Un joven periodista liberal-progresista, Lopes de Mendonça, mantuvo con Herculano una intensa polémica en la prensa en 1853 (Rina Simón, 2020, p. 136), donde defendió que el mejor mecanismo para garantizar la soberanía portuguesa era que el país entrase en la vía del progreso y saliera de su letargo. En última instancia, Lopes de Mendonça señalaba que el movimiento de homogeneización del mundo por la fuerza del progreso era irreversible. Estos debates se dieron en todos los Estados de Europa. A nadie le pasaba desapercibido que el incremento de movilidad y el contacto entre personas provocarían una tendencia homogeneizadora.

Sin embargo, el resultado fue distinto y el ferrocarril sirvió también para extender sobre el territorio la soberanía del Estado de manera más ágil, articular el mercado capitalista a nivel nacional y, no menos importante, para que los viajeros descubrieran las diferencias existentes entre los países. Esto se hace palpable en los viajeros ibéricos que cruzaron en tren al país vecino. Impregnados de anhelos iberistas, sus memorias del viaje relatan una primera impresión al comprobar que las fronteras eran convenciones entre las naciones pero que no respondían ni a límites naturales ni a diferencias culturales sustanciales. Sin embargo, a poco que se internaban en el territorio del otro país, comenzaban a “descubrir” diferencias caracterológicas que habrían provocado históricamente la escisión peninsular.

El ferrocarril propició la irrupción del turismo de masas que, lejos de ser una dinámica novedosa, representa la forma de ocio característica de la modernidad. Fontane, en *Viajes Modernos* de 1873 (Figes, 2020, p. 258) señalaba que “en los viejos tiempos la gente se divertía hablando del clima” pero en la actualidad lo hacían

“hablando de viajes”. “¿A dónde fueron este verano?, es todo lo que dice la gente entre octubre y Navidad”. Con el turismo surgieron las agencias de viajes, las tiendas de *souvenirs*, las guías, los restaurantes y hoteles, las grandes exposiciones universales, etc. En efecto, el ferrocarril estaba acelerando la globalización de la sociedad europea, pero la partida se acabó decantado por el viaje nacionalista, el viaje que buscaba la “otredad.” Las guías de viajes contribuyeron a consolidar los imatipos nacionales, en tanto que sus descripciones sobre el carácter o las “esencias” del territorio conformaban los imaginarios de los turistas. Los autóctonos tampoco querían defraudar las expectativas de los turistas y estandarizaron sus espacios, comportamientos e incluso vestimenta a los cánones turísticos. Figes recoge múltiples testimonios de este tipo —el andaluz fue el imatipo más popularizado sobre lo que era España (Hernández-Ramírez, 2008) —, como el de Turguénev, cuando se burlaba de los turistas ingleses que “ven a una mujer pelirroja en un pueblo y anotan en su cuaderno que la población femenina de dicho pueblo es pelirroja”. Nicolás Díaz y Pérez (1877), republicano, masón y autor de una de las primeras guías —novelada— de la línea en ferrocarril de Madrid a Lisboa, se mofaba de su compañero de viaje inglés señalando en cada parada cómo anotaba ideas erróneas que luego haría pasar por ciertas en un libro. El ferrocarril y el turismo homogeneizaron muchos aspectos de la sociedad europea al tiempo que contribuyeron a marcar las diferencias nacionales.

LA TENSIÓN NACIONALISMO—COSMOPOLITISMO Y LA DIDÁCTICA CRÍTICA

En 1795, Kant publicó un breve ensayo-propuesta cosmopolita: *Hacia la paz perpetua*. Como la mayoría de las élites intelectuales ilustradas (Febvre, 2001), confiaba en que la diplomacia iría desterrando las guerras del continente Europeo y que tendería hacia la homogeneización. Sus expectativas impregnaron las culturas políticas liberales, republicanas y socialistas y su pervivencia en el tiempo, aunque en un segundo plano, constata que el siglo de los nacionalismos fue también el de otras alternativas igualmente posibles. Figes recupera la historia del cosmopolitismo decimonónico para reivindicar el proyecto de confraternización europeo. Es cierto que se centra en unas élites artísticas determinadas —dejando de lado las amplias masas de población obrera— cuyo cosmopolitismo siempre fue una de sus señas de identidad. Pero no cabe duda de que las cuestiones que aborda permiten comprender —incluso trabajar en el aula— el conjunto de transformaciones del Ochocientos que

han dado forma al mundo actual. Este tipo de obras nos recuerdan que la estructuración del planeta en Estados-nación es el resultado de un proceso histórico contingente y de decisiones humanas, no es la forma natural ni la única alternativa — tal y como la plantea la ideología nacionalista—.

La Historia enseñada en las aulas y en todos los niveles educativos mantiene aún hoy las funciones identitarias que la convirtieron en disciplina troncal en el siglo XIX. Tanto el currículum como los manuales escolares inciden en unas narrativas que ligan diferentes acontecimientos, personajes y hazañas y conectan el presente de la comunidad con un pasado seleccionado y, no en pocas ocasiones, mitificado. La Historia en las aulas continúa ofreciendo argumentos para imaginar la comunidad político-cultural y dotarla de un aura de antigüedad y de caracteres compartidos; de ahí que haya resistido —e incluso ampliado su espacio— como materia troncal en los programas educativos de todas las Autonomías frente a la paulatina marginación y exclusión del resto de materias humanísticas. La inclusión en el currículum de la historia del cosmopolitismo y sus múltiples experiencias puede contribuir desde la didáctica crítica a cuestionar las narrativas teleológicas que presentan como “natural” o concluso el modelo de los Estados-nación y profundizar en una noción conflictiva del pasado, cuyos ejes hegemónicos siempre han tenido alternativas.

REFERENCIA PRINCIPAL

Figes, O. (2020). *Los europeos. Tres vidas y el nacimiento de la cultura cosmopolita*. Taurus.

REFERENCIAS

Anderson, B. (2003). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.

Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus.

Bauman, Z. (2005). *La globalización: sus consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica.

Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Paidós.

Berger, S. (2007). The Power of National Pasts: Writing national History in Nineteenth –and Twentieth- Century Europe”. In S. Berger (ed.), *Writing the Nation, Global Perspectives* (pp. 30-62). Palgrave Macmillan.

- Billig, M. (1995). *Banal Nationalism*. Sage.
- Díaz y Pérez, N. (1877). *De Madrid a Lisboa. (Impresiones de un viaje)*. Est. Tip. de M. Minuesa.
- Febvre, L. (2001). *Europa. Génesis de una civilización*. Crítica.
- Fernández Sebastián, J. (2021). *Historia conceptual en el atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones*. Fondo de Cultura Económica.
- Hernández-Ramírez, J. (2008). *La imagen de Andalucía en el turismo*. Centro de Estudios Andaluces.
- Hobsbawm, E.H. (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica.
- Koselleck, R. (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Paidós.
- Lipovestky, G. (2006). *La felicidad paradójica*. Anagrama.
- Lowenthal, D. (1998). *El pasado es un país extraño*. Akal.
- Rina Simón, C. (2016). *Iberismos. Expectativas peninsulares en el siglo XIX*. Funcas.
- Rina Simón, C. (2020), *Imaginar Iberia. Tiempo, espacio y nación en el siglo XIX en España y Portugal*. Comares.
- Rina Simón, C. y De la Montaña Conchiña, J.L. (2019). Contingencia e identidad: retos para un diálogo transdisciplinar entre la historiografía y la didáctica de la historia. *Tempo e Argumento*, 26, 287-317. <https://dx.doi.org/10.5965/2175180310262019287>
- Smith, A.D. (1998). *Nationalism and Modernism*. Routledge.
- Storm, E. (2019). The Spatial Turn and the History of Nationalism: Nationalism between Regionalism and Transnational Approaches. In E. Storm & S. Berger (eds.), *Writing the History of Nationalism* (pp. 215-239). Bloomsbury.
- Thiesse, A.M. (1999). *La Création des identités nationales. Europe XVIII-XIX siècle*. Seuil.

